SÍNODO SOBRE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN *Acentos vocacionales en los «Lineamenta» y en el «Instrumentum Laboris»*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v59i209.236>

ALONSO MORATA MOYA*

INTRODUCCIÓN: EVANGELIO, COMUNIDAD, TRANSMISIÓN

Una pista para lo que ha de ser ejemplo de evangelización nueva la tenemos en lo sucedido en el camino con los discípulos de Emaús. Ellos han vivido con Jesús, se han incorporado a la comunidad de creyentes, han creído en él, pero un suceso que no entraba en sus cálculos hace que abandonen el lugar donde «esperan» y se vuelvan, enfadados y desencantados, a su lugar anterior. No sólo no caminan hacia delante, se refugian en lo anterior: «nos autem, sperabamus». Ellos esperaban, se habían hecho una idea y no son capaces de escuchar que el plan de Dios era otro, que en el aparente fracaso está precisamente el cumplimiento del plan de Dios sobre los hombres a través y por medio de su hijo, Jesús. Los *Lineamenta* lo expresan de manera certera:

La palabra de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35) es emblemática sobre la posibilidad de un anuncio frustrado de Cristo, en cuanto incapaz de transmitir vida. Los dos de Emaús anuncian un muerto (cf. Lc 24, 21-24), comentan la propia frustración y la pérdida de esperanza. Ellos hablan de la posibilidad, para la Iglesia de todos los tiempos, de un anuncio que no da vida, pero que tiene encerrados en la muerte el Cristo anunciado, los anunciadores y los destinatarios del anuncio. La pregunta acerca de la transmisión de la fe, que no es una empresa individualista y solitaria, sino más bien un evento comunitario, eclesial, no debe orientar las respuestas en el sentido de la búsqueda de estrategias comunicativas eficaces y ni siquiera debe centrar la atención analíticamente en los destinatarios, por ejemplo los jóvenes, sino que debe ser formulada como una pregunta que se refiere al sujeto encargado de esta operación espiritual. Debe transformarse en una pregunta de la Iglesia sobre sí misma. Esto permite encuadrar el problema de manera no extrínseca, sino correctamente, porque cuestiona a toda la Iglesia en su ser y en su vivir. Tal vez así se pueda comprender también que el problema de la infecundidad de la evangelización hoy, de la catequesis en los tiempos modernos, es un problema eclesiológico, que se refiere a la capacidad o a la incapacidad de la Iglesia de configurarse como real comunidad, como verdadera fraternidad, como un cuerpo y no como una máquina o una empresa (*Lineamenta*, 2, 4).

* Sacerdote Operario Diocesano, Director de la Revista SEMINARIOS.

Nos habla de un anuncio frustrado de Cristo cuando creemos que estamos comunicando la muerte. Esto nos entristece, como pasaba a los dos de Emaús, pero no basta con el sentimiento de nostalgia; es más, esa nostalgia por considerar que «el amigo» ha muerto, es lo contrario a la fe que lo confiesa vivo. La noche se ha hecho en torno a ellos; caminan sin luz hacia su propia soledad. Ese anuncio que no da vida no es el anuncio cristiano. El hecho de reintegrarse a la comunidad, tras la fracción del pan, y haberlo descubierto vivo, nos está dando una pista para la evangelización: esta es un hecho de la comunidad, y no se puede dar sino en una comunidad viva, que sienta correr por sus venas la sangre ardiente redentora del Maestro, que no tenga miedo, aunque se vea pecadora, aunque le acusen de cualquier cosa porque sus miembros son, somos, débiles. La fuerza no está en nuestras individualidades, ni en nuestros perfectos métodos y estrategias, sino en cumplir el encargo del maestro, como «un cuerpo», «como verdadera fraternidad», nunca «como una máquina o empresa».

Es la comunidad la que trasmite, ella es la portadora de la «Buena noticia», nada se puede hacer si prescindimos de nuestro ser nuclear comunitario, en ella está la posibilidad en cada momento de la historia de hacer presente al Hijo que se ha hecho hombre y sigue siendo el hombre entre los hombres, que camina al lado de cada persona que busca.

A LA ESCUCHA DE LA VOZ QUE LLAMA

Una de las características de la Iglesia es ser peregrina. Ha peregrinado a lo largo del tiempo y el espacio, por los diversos lugares y los diferentes modos de ser y culturas. Ha sido voz nueva en todos los continentes, ha aprendido en cada uno de ellos y en cada época. Una de las realidades que hemos de aprender para poder predicar de forma nueva el Evangelio es a escuchar. Escuchar no sólo los sonidos en las diferentes lenguas, sino la Palabra que hay escrita en los fundamentos de cada cultura que queda iluminada por la Palabra, por quien es Palabra, Jesús. No podemos creernos poseedores de la última palabra, a lo más seremos poseídos por ella, hemos de saber callar, para escuchar la demanda, el grito de los hombres de cada tiempo, de nuestro tiempo. Leamos unas líneas del documento citado:

«La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza». Esta afirmación del Concilio Vaticano II resume en modo simple y completo la Tradición eclesial: La Iglesia es misionera porque se origina en la misión de Jesucristo y en la misión del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre. Además, la Iglesia es misionera porque asume como protagonista este origen, haciéndose anunciadora y testigo de esta Revelación de Dios y congregando el pueblo de Dios disperso, para que se pueda cumplir aquella profecía del profeta Isaías que los Padres de la Iglesia han leído como dirigida a ella: «Ensancha el espacio de tu tienda, las cortinas extiende, no te detengas; alarga tus sogas, tus clavijas asegura; porque a derecha e izquierda te expandirás, tu prole heredará naciones y ciudades desoladas poblará» (Is 54, 2-3).

Pablo ha sabido experimentar lo que significa la misión, la Palabra que ha de predicar, como una urgencia que brota de lo más íntimo de su ser creyente, discípulo y, por tanto misionero. Estar a la escucha, distinguir entre todas las voces, la voz que susurra y es, no obstante, más fuerte que todos los gritos y ruidos que la rodean, esa voz que, sólo en el silencio, se percibe nítida y claramente, la voz que transforma en experiencia lo que parecían emociones pasajeras. Recordemos cómo lo resalta el documento, citando *Evangelii Nuntiandi*:

Las afirmaciones del apóstol Pablo «predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no predico el Evangelio!» (1 Cor 9, 16) se pueden así aplicar y entender en relación a la Iglesia en su conjunto. Como nos recuerda el papa Pablo VI: «la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia... Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar».

Pero para evangelizar es preciso haber sabido escuchar la Palabra, haberla asimilado, más allá de una palabra que se lleva el viento, como Palabra que transforma y da la vida. Oigamos otra vez lo que indica en los *Lineamenta*:

En esta doble dinámica, misionera y evangelizadora, la Iglesia no reviste solo el papel del actor, de sujeto de la proclamación, sino también el rol reflexivo de la escucha y del discipulado. En cuanto evangelizadora, la Iglesia comienza con evangelizarse a sí misma. La Iglesia sabe que ella es el fruto visible de esa ininterrumpida obra de evangelización que el Espíritu guía a través de la historia, para que el pueblo de los redimidos dé testimonio de la memoria viviente del Dios de Jesucristo. Hoy podemos sostener con mayor convicción todavía esta certeza que es nuestra, porque venimos de una historia que nos ofrece páginas extraordinarias de coraje, entrega, audacia, intuición y razón; páginas que nos han dejado muchos ecos y huellas en textos, oraciones, modelos y métodos pedagógicos, itinerarios espirituales, caminos de iniciación a la fe, obras e instituciones educativas.

Asumimos nuestra historia, estamos llenos de todo lo que ella ha supuesto, admiramos a tantos y tantos hombres y mujeres que han sido palabra viva y vivificadora para nosotros. Pero una cosa está clara: «la fe cristiana no es una historia, Cristo no es un personaje más de la historia que vivió en un tiempo y dijo e hizo cosas maravillosas, sino que está aquí y ahora haciendo posible nuestra historia». Toda la riqueza que la fe de nuestros mayores ha acumulado es un legado que se ha de hacer actual en este momento. No podemos vivir de un pasado glorioso, ni lleno de añoranzas. Cristo es el futuro del hombre, y también el presente. No somos seguidores de una doctrina, sino de una persona viva que renueva en cada época su mensaje. En realidad, la evangelización es siempre nueva, sólo hace falta que el vigor de la vida y la Palabra sea llamada para los hombres de cada tiempo y que escuchen y respondan. Por eso la Iglesia ha de hacer un examen sobre sí misma, para encontrar en sí los fallos que han llevado a dejar la Palabra de vida como Palabra muerta, como algo ya fuera de tiempo

y lugar. En ese análisis desde la fe, se abrirán puertas para una nueva forma de predicar el Evangelio.

Esta llamada a la Iglesia es el primer y fundamental rasgo vocacional que aparece ya en los *Lineamenta*.

1. *El sentido de la llamada en la «primera evangelización»*

La llamada de los evangelizadores, los primeros apóstoles y discípulos, es una llamada concreta para la misión, precedida por un «estar con él», necesita de un discernimiento que se va a ir realizando en el transcurso del trato de los discípulos con Jesús y que va a dar resultados diversos: Pedro, Judas, Santiago, Felipe, Juan... nos muestran que el discernimiento es personal y que cada uno se va a encontrar con la verdad de su ser, para reconocer después que el Resucitado les ha hecho transformarse totalmente. El caso de Pedro es paradigmático: elegido para ser el continuador de la misión, se cree tan fuerte que podrá superar las tentaciones que, tras el aparente abandono por parte de Jesús acaecido con su muerte, se van a multiplicar. Su caída le hace sentir la realidad cobarde de su entrega y su confesión, tras el encuentro con Jesús que nos narra Juan y su confesión de que «le ama más que éstos», le reconduce hacia la misión que ya será el único objetivo de su vida. Si tras la muerte de Jesús ha vuelto a su oficio de pescador, es sólo para recordar que el encargo de ser «pescador de hombres». Entonces, con el discernimiento acabado, dejará todo y lo seguirá a lo largo de la geografía conocida: el mundo romano.

Los *Lineamenta* prestan, de forma especial atención a la acción de Pablo y nos muestran cómo este proceso de primera evangelización se va a convertir en las primeras comunidades en un proceso de discernimiento, mediante la escucha, la comprensión e interpretación del anuncio. Es importante hacer notar que no se exige una fe ciega, sino un ponderado aceptar una Palabra que descubre posibilidades totalmente nuevas para la plenitud del ser humano.

El apóstol Pablo concede este primado a la acción del Espíritu al interno de un momento muy intenso y significativo para la Iglesia naciente: a los creyentes, en efecto, les parece que los caminos a recorrer sean otros; los primeros cristianos se muestran inciertos frente a algunas opciones de fondo que han de asumirse. El proceso de evangelización se transforma en un proceso de discernimiento; el anuncio exige que antes haya un momento de escucha, comprensión e interpretación.

La primera evangelización está marcada por la acción del Espíritu. Es éste el que señala los caminos por donde ha de ir la predicación de la Palabra, la estructura de las comunidades y la organización de la comunidad, muchas veces por caminos que no son los más oportunos según algunos creyentes: su resistencia en la comunidad de Jerusalén a desprenderse de las prácticas del Antiguo Testamento, sus exigencias primeras de integrar en el pueblo judío a todos los creyentes mediante la circuncisión, los cambios se realizan por el impulso del Es-

píritu que lleva a la Iglesia por los caminos previstos por Jesús. La lectura de los Hechos de los Apóstoles nos da fiel idea de la trayectoria. La conversión de Pablo marca un ritmo de libertad del Espíritu para escoger a quien quiere, incluso a un acérrimo perseguidor. Éste será instrumento de elección que captará la situación de la sociedad de su tiempo y se introducirá en las necesidades de los hombres y mujeres del mismo para darles una respuesta nueva, la de la fe.

Son tiempos recios, con grandes dificultades para predicar un Dios hecho hombre en un imperio en el que la figura del emperador es un hombre que se cree Dios. Asentado en la «hominización» de sus dioses y diosas. Un pueblo que ha hecho sincretismo de todos los pueblos con sus creencias incluidas, incorporando culto a dioses extranjeros, pero acomodados a la necesidad de Roma y su imperio, no puede aceptar un Dios que excluye a los demás.

Aunque, por una parte, es negativo, este periodo de helenismo e imperio, con sus facilidades de comunicación, será medio del cual se sirva el Espíritu para la primera evangelización. Si hacemos un traslado a nuestra época actual veremos lo que nos señalan los *Lineamenta*:

Nuestro tiempo se muestra, en este sentido, muy similar a la situación vivida por san Pablo: también nosotros nos encontramos como cristianos inmersos en un período de fuertes cambios históricos y culturales, como tendremos modo de ver mejor más adelante. También para nosotros la acción de evangelizar exige una acción de discernimiento análoga, simétrica y contemporánea. Ya hace más de cuarenta años el Concilio Vaticano II afirmaba: «El género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero» (GS 4). Estos cambios de los cuales el Concilio nos habla, se multiplicaron en el período sucesivo a su celebración y, a diferencia de aquellos años, no inducen sólo a la esperanza, no suscitan solo esperanzas utópicas, sino que además generan incluso miedo y siembran desconfianza. También la primera década de este nuevo siglo/milenio ha sido el teatro de transformaciones que han signado en modo indeleble, y en más de un caso en modo dramático, la historia de los hombres.

Anotamos el final del párrafo anterior: «Las energías que prestaron las esperanzas tras el Concilio, se han trocado en miedos, inseguridades, sensación de estar fuera de órbita. La multiculturalidad, la inseguridad y el sincretismo religiosos, la universalización de los problemas, las sucesivas crisis sociales, religiosas, de convivencia, la llegada de hombres y mujeres de otros ámbitos lejanos en cuanto a cultura y costumbres, la globalización, en una palabra, nos hace estar dubitantes e inseguros, quizás porque hemos pensado en ser cristianos como una doctrina y unas normas a practicar y no como una vida que brota de dentro y se manifiesta en nuestra manera de ser y actuar».

Nos encontramos en un momento histórico de grandes cambios y tensiones, de pérdida de equilibrio y de puntos de referencia. Esta época nos lleva a vivir cada vez más sumergidos en el presente y en lo provisional, haciendo siempre más difícil la escucha y la transmisión de la memoria histórica, y el compartir valores sobre los cuales construir el fu-

turo de las nuevas generaciones. En este cuadro la presencia de los cristianos, la acción de sus instituciones, es percibida en modo menos espontáneo y con mayores sospechas; en las últimas décadas se han multiplicado los interrogantes críticos dirigidos a la Iglesia y a los cristianos, al rostro del Dios que anunciamos. La tarea de la evangelización se encuentra así frente a nuevos desafíos, que cuestionan prácticas ya consolidadas, que debilitan caminos habituales y estandarizados; en una palabra, que obligan a la Iglesia a interrogarse nuevamente sobre el sentido de sus acciones de anuncio y de transmisión de la fe. La Iglesia no llega, sin embargo, sin preparación frente a tal desafío: con éste se ha ya confrontado en las Asambleas que el Sínodo de los Obispos ha dedicado en modo específico al tema del anuncio y de la transmisión de la fe, como las correspondientes exhortaciones apostólicas –*Evangelii nuntiandi* y *Catechesi tradendae*– lo atestiguan. La Iglesia ha vivido en estos dos eventos un momento significativo de revisión y de revitalización del propio mandato evangelizador.

2. *Una nueva evangelización ¿qué debe resaltar de los evangelizadores?*

Un personaje importante en esta nueva época es el «evangelizador». No es posible una evangelización nueva siguiendo las mismas actitudes que nuestros maestros teólogos. Aquellos que nos enseñaron para un momento de Europa de cristiandad que ya no existe. El cambio lo hemos de realizar desde una profunda conversión propia y de nuestras comunidades. Éstas han de ser comunidades de movimiento y lucha, llenas de energía y atrevimiento, capaces de confesar con la vida y la palabra su manera de entender el mundo y la sociedad. A la vez comunidades evangelizadoras abiertas al diálogo, que proponen, pero no imponen, que no se consideran poseedoras de la verdad, sino simples servidoras de la misma. Al frente de éstas, como animadores, estarán presbíteros y laicos comprometidos que dedican su tiempo a la tarea de renovar y proponer acciones de revitalización a las comunidades.

El nuevo evangelizador ha de ser una persona de espíritu alegre y animoso, abierto, capaz de escuchar, de profunda oración, que busca y obtiene su fuerza en la escucha en el silencio de esta oración en contacto con el Dios de la vida y del futuro.

3. *Evangelizar desde el laicado: la vocación común*

Un elemento importante es el de dejar a «cada cual su misión» y, en este campo, tiene mucha importancia la misión de los laicos, que pueden hacernos una lectura más certera de la realidad, porque están más inmersos en los problemas del mundo y conocen «sus gozos y fatigas». Nos parece que hemos vuelto un poco atrás en cuanto a «devolver» a los laicos tareas que tuvieron que asumir los presbíteros en otro tiempo. Es importante subrayar la importancia de las vocaciones al ministerio presbiteral y a la vida consagrada, pero eso no implica el rebajar la importancia de la vocación común a la evangelización que tiene todo el pueblo de Dios.

4. *Evangelizar mediante la oración y el silencio: Vida consagrada activa y contemplativa*

Y no podemos olvidar esa evangelización que proviene de tantas y tantas personas (el «monasterio interior») que dedican su vida a la contemplación y a orar por los demás. Esa visión de los contemplativos puede hacernos considerar al mundo de otra manera, bajo la mirada amorosa de Dios Padre que ama tanto a los hombres que no «puede vivir sin ellos» (Madre Speranza). También la dedicación a obras de caridad: enseñanza, atención hospitalaria, a drogadictos, asistencia en comedores, entrega en misiones, opción por los pobres y marginados. Es ésta una forma eficaz y directa de evangelizar. No hace mucho una persona muy cabal, de ideología muy social (no le gusta que digan es de izquierdas), me decía: «Yo doy mi donativo a Cáritas, sé que allí no se pierde nada en burocracia y va todo a los pobres. Sé que soy un cristiano muy especial, porque a veces critico duramente lo que hace la Iglesia oficial, porque no lo entiendo, pero veo lo que hace la Iglesia de 'a pie' y esto no necesita explicación». Por supuesto que estoy convencido que esta segunda parte de actuación desde el amor no es posible sin la previa oración y escucha en el silencio del corazón.

5. *El ministerio ordenado, animador de la Nueva Evangelización*

El sacerdocio ministerial juega un papel primordial en la nueva evangelización. Lo es por su misma naturaleza de animador de la comunidad. Por eso se precisa una manera renovada de ejercer el ministerio desde la fidelidad a la Palabra originaria y al destinatario de la misma en este momento de la historia. Ya hemos leído que no se trata de cambiar el sentido de la primera evangelización, de proponer algo nuevo, sino de que nosotros, los evangelizadores, tomemos conciencia de que este momento histórico es nuevo, que el mundo ha cambiado y que necesitamos que esa vida de la Palabra penetre en el corazón de nuestros contemporáneos. De ahí esas tres palabras que pronunció Juan Pablo II y que nos han servido para empezar a desbrozar el camino hacia una Nueva Evangelización: con nuevo ardor, nuevos métodos, nuevas expresiones.

Si, al pregonar el mensaje, los destinatarios no son testigos del calor que ponemos en nuestras palabras y que estas corresponden a un nuevo estilo de vida, lejos de las esclavitudes a las que el hombre de nuestra época se ve abocado; si no hay una vida que se trasmite a través de ese entusiasmo por lo que se predica, no se dará ese nuevo ardor que reaviva en el corazón de las personas el deseo de seguir a Jesús, de actuar en el mundo siguiendo su camino. Cuando el Señor llama, lo hace para que pongamos nuestras pisadas en la huella de las suyas y, con él, pasemos los gozos y las alegrías, pero también los inconvenientes y contrariedades que la fe acarrea.

También puede ocurrir que nuestro pregón del kerigma sea en el tono y con los medios de otra sociedad, de otro contexto, que estaría muy bien para una

sociedad impregnada toda ella de «signos» de fe, pero no válidos en esta sociedad en la que muchas personas reciben el mensaje por primera vez. A veces les queda un vago recuerdo de su infancia y consideran estas prácticas como algo propio de niños, sin que formen parte de su manera de ser y de vivir. Por eso es importante saber meter el Evangelio en las nuevas formas de vida.

Para lo anterior es imprescindible introducirnos en la cultura propia del hombre moderno. La nueva expresión nos lleva a hacer nuestros sus problemas, a identificarnos con sus aspiraciones, sus dificultades, sus logros. No podemos olvidar que el «abajamiento» que hizo Cristo para estar con el hombre fue tan grande que ningún esfuerzo que haga la Iglesia, y en ella sus ministros y todo el pueblo, será grande con tal de que la luz del evangelio llegue a todos los hombres y mujeres de cada tiempo, de cada momento de la historia.

Esta misión del ministerio ordenado ha de ser coral, de toda la Iglesia, cada cual desde su propio estado y carisma, desde lo que la misión de la comunidad cristiana le exige. El sacerdote es solamente como el director del coro que ayuda a conjuntar las voces para que la melodía sea perfecta. De la armonía de todas las voces depende que se vea esa acción salvífica de Dios para todos en cada tiempo, en cada circunstancia.

LOS COMPROMISOS EVANGELIZADORES EN LOS «LINEAMENTA»

1. Los textos y cuestiones que se propusieron. Sus tonos vocacionales y el concepto de vocación en ellos expresado

Cuando Juan Pablo II propone el concepto nueva evangelización no está hablando, lo dice él mismo, de hacer bien lo que se ha hecho mal, sino de un intercambio entre las comunidades antiguas y nuevas, para prestarse experiencia y nuevo vigor, respectivamente. El tono es de una «llamada» a toda la Iglesia para que no se encierre en sí misma, sino que salga al encuentro de los desafíos de este tiempo y responda con su palabra nueva a cada uno de esos retos. El texto que citamos más adelante nos sitúa en esta llamada desde la primera a la nueva evangelización. Lo que nos pide es un ardor nuevo, que mostremos nuestra forma de vida como una manera de realizarse plenamente el hombre. Nos impulsa a perder los miedos, porque, en definitiva no son nuestros métodos los que han de hacer esta nueva proclamación del Evangelio, sino la energía del Espíritu Santo. Él sin duda nos ayudará a descubrir esos caminos nuevos, ese lenguaje renovado capaz de hablar a las culturas contemporáneas.

Ya estamos en condiciones de comprender el funcionamiento dinámico correspondiente al concepto de «nueva evangelización»: a tal concepto se recurre para indicar el esfuerzo de renovación que la Iglesia está llamada a hacer para estar a la altura de los desafíos que el contexto socio-cultural actual pone a la fe cristiana, a su anuncio y a su testimonio, en correspondencia con los fuertes cambios en acto. A estos desafíos la Iglesia responde no resignándose, no cerrándose en sí misma, sino promoviendo una

obra de revitalización de su propio cuerpo, habiendo puesto en el centro la figura de Jesucristo, el encuentro con Él, que da el Espíritu Santo y las energías para un anuncio y una proclamación del Evangelio a través de nuevos caminos, capaces de hablar a las culturas contemporáneas.

Importa mucho que seamos conscientes y nos comprometamos en la escucha de estas orientaciones, en la lectura de la realidad de nuestro mundo, sin prejuicios, intentando ver lo que existe, siendo notarios de la realidad que nos rodea, sin pesimismo, pero también sin falsas ilusiones ni evasión de la realidad, desde el conocimiento del hombre y la convicción de que Dios sigue amando al género humano, a cada persona, con su nombre y su historia llamada a la salvación. Y la actualización de este mensaje la ha querido poner en nosotros, hombres y mujeres de este tiempo, fieles a la llamada y dóciles a los caminos que nos señala la misma. Así nos lo dice en los *Lineamenta*.

La nueva evangelización es una actitud, un estilo audaz. Es la capacidad de parte del cristianismo de saber leer y descifrar los nuevos escenarios, que en estas últimas décadas han surgido dentro de la historia humana, para habitarlos y transformarlos en lugares de testimonio y de anuncio del Evangelio. Estos escenarios han sido identificados analíticamente y descritos varias veces (*Redemptoris missio*, 37): se trata de escenarios sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos.

Estos escenarios se analizan en el número 6, incidiendo en la actividad del «llamado» en cada uno de ellos. Es así como concreta la acción y no deja en el aire, ni a merced de la buena voluntad una acción que es urgente y revitalizadora.

Nos hablará del modo secularizado de entender la vida que está influyendo en los comportamientos y en el pensar de muchos cristianos, como escenario de fondo y las necesarias reacciones. «La mentalidad hedonista y consumista predominante conduce a los cristianos hacia una superficialidad y un egocentrismo, que no es fácil contrastar. La ‘muerte de Dios’, anunciada en las décadas pasadas por tantos intelectuales, cede el lugar a un estéril culto al individuo. El riesgo de perder también los elementos fundamentales de la gramática de la fe es real, con la consecuencia de caer en una atrofia espiritual y en un vacío del corazón, o por el contrario, en formas subrogadas de pertenencia religiosa y de vago espiritualismo» (*Lineamenta*, 6).

LECTURA ATENTA DEL «INSTRUMENTUM LABORIS»

El «Instrumentum laboris» del Sínodo presenta el siguiente contenido:

1. INTRODUCCIÓN
2. CAPÍTULO PRIMERO: «JESUCRISTO, EVANGELIO DE DIOS PARA EL HOMBRE»
 - a) Evangelizar al estilo de Jesús.
 - b) ¿Renovación o toma de conciencia del momento?

- c) El deber de evangelizar: en los laicos; en los religiosos, religiosas; en los ministros ordenados.
- d) Comunidad que evangeliza. El valor de la forma de vida.
- 3. CAPÍTULO SEGUNDO: LAS EXIGENCIAS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN
- 4. CAPÍTULO TERCERO: TRANSMITIR LA FE
 - a) Sujetos y lugares de transmisión de la fe.
 - b) La figura del nuevo transmisor de la fe (evangelizador).
- 5) CAPÍTULO CUARTO: REAVIVAR LA ACCIÓN PASTORAL
 - a) Fundamento de toda acción evangelizadora.
 - b) Centralidad de las vocaciones.
- CONCLUSIÓN

1. Desde la expectativa y la esperanza

Las páginas del *Instrumentum laboris* están llenas de un impulso evangelizador nuevo. El capítulo primero se centra en aquel que ha de ser presentado como el que es la «Palabra» que nos llama a la fidelidad de vida. La primera exigencia es «el testimonio» mediante la vida, la conducta, en fidelidad a Jesucristo, siguiendo no su palabra vaciada de toda intensidad de vivencia, sino su palabra que se cumple en el vivir en medio del pueblo, en camino siempre, en la provisionalidad del que es de verdad pobre y está desapegado de los bienes, de quien ama a la familia y a los amigos, pero su familia está formada por «aquellos que cumplen la voluntad del Padre». Al final del número 158 dice:

El testimonio constituye el fundamento de toda práctica de evangelización porque crea la relación entre anuncio y libertad: «Nos convertimos en testigos cuando, por nuestras acciones, palabras y modo de ser, aparece Otro y se comunica. Se puede decir que el testimonio es el medio con el que la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitándolo a acoger libremente esta novedad radical. En el testimonio Dios, por así decir, se expone al riesgo de la libertad del hombre» (Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 85).

Es importante resaltar la relación entre anuncio y libertad que se establece mediante el testimonio, ya que éste hace que aparezca traslucido de nuestra forma de vida Otro, que es el que de verdad se comunica y realiza la obra de «buena y nueva noticia». El amor que predicamos se queda en palabra hueca sin ese respaldo de quien comparte la historia con nosotros y nos invita a que libremente escojamos esa libertad radical. Dios no ha tenido inconveniente en acercarse a nosotros, se salta todas las normas para poder ganarnos y hacernos volver libremente a casa. La parábola del padre misericordioso o del hijo pródigo es la expresión más clara de esta realidad de Dios. Está en forma de relato, porque el amor de Dios no es teoría, sino vida, no en vano «Dios es amor» y desde ese amor nos llama. Porque no se puede hacer la evangelización sin evangelizadores.

Aunque todo el *Instrumentum laboris* tiene aire vocacional, es en el número 159 en el que subraya la «Centralidad de las vocaciones». Lo expresa como un deseo de que «el próximo Sínodo se concentre explícitamente sobre el tema de

la centralidad de la cuestión vocacional para la Iglesia hoy». Y es alentador que el primer deseo sea el de que «todos los bautizados» sean más conscientes de su propio compromiso evangelizador. La vocación fundamental del cristiano es la base de cualquier impulso vocacional en la Iglesia. Sólo la vida vivida desde la conciencia de ser llamado en cualquiera de las modalidades en las que se concreta la vocación (laico, vida religiosa, ministerio presbiteral) hará que se provea a las comunidades de los distintos y necesarios servicios de los que precisa para su desenvolvimiento. El laico está muy presente en los nuevos escenarios de evangelización, sabe los lenguajes de cada tiempo, si está pendiente de los gritos de la gente y sabe responder a ellos desde su testimonio de fe, permitiendo la apertura a la esperanza. También subraya la función importante de la familia en este desarrollo de nueva evangelización, transmitiendo la fe.

Como no podía ser menos anima especialmente a la atención al ministerio presbiteral y a la vida consagrada con «la esperanza de poder ofrecer a la Iglesia el fruto de nuevas vocaciones sacerdotales, lanzando nuevamente el empeño de una clara y decidida pastoral vocacional». Me parece un momento muy oportuno para intentar poner en práctica el espíritu de renovación en la pastoral vocacional de la Iglesia que, tanto en «Pastores dabo vobis», como en «In verbo tuo» (*Nuevas Vocaciones para una Nueva Europa*, NVNE), sembraron la esperanza de un modo nuevo de afrontar la llamada vocacional. Desde el reconocimiento de esa sensación de que el hombre de hoy parece «no vocacional», como si no interesase a nadie si no era para ofrecerle productos de escaso valor y nula trascendencia para la vida, hasta la convicción de que la vida «es un don recibido que tiende por naturaleza a convertirse en bien donado», el Documento del Congreso Europeo de Vocaciones de 1997, publicado el día de la Epifanía de 1998, marca señales que indicaban muy bien el camino a seguir. Parece que nos cuesta abandonar nuestras rutinas, metodologías y medios o llenarlos de la vida que precisan para crear comunidades cristianas que se hagan conscientes de que la respuesta a todas las modalidades de vocación es la única que puede hacer desarrollarse a la Iglesia y encarnarse en cada tiempo, la que da signo de la vitalidad o debilitamiento de la vida cristiana. El *Instrumentum laboris* es consciente de que la falta de vocaciones es un signo del debilitamiento de la experiencia cristiana en todos los ámbitos y los llamados «estados de vida», citando como ejemplo «la difundida debilidad referida a la fidelidad a las grandes decisiones existenciales, por ejemplo, el matrimonio» (160). Porque, realmente, el problema es de una personalidad en mosaico, desestructurada, caprichosa y con una permanencia del «período adolescente» más allá de lo que la misma evolución fisiológica permite, temerosa de tomar decisiones que le comprometan, angustiado ante lo que cree son «túneles» con una sola abertura, la de entrada, pero sin salida.

Así mismo el enfoque del Documento me parece acertado, ya que no quiere tratar de la crisis, ya constatada, sino relacionar el tema de las vocaciones con la nueva evangelización, con una mirada hacia el futuro, la única mirada, por otra

parte, pertinente con el ser cristiano. Esa mirada hacia el futuro la anticipaba ya NVNE: «promover una cultura de la vida entendida como vocación», o sea, crear cultura vocacional, para que la condición del hombre deje de ser la de «un hombre sin vocación», para que sienta que es importante para el Otro, que está en su vida no para tener una presencia ominosa y de testigo inoportuno, sino para ser en su vida el impulso y la fuerza de libertad, para hacer de verdad de él un hombre libre. Eso significa que «se concibe a sí mismo en relación con Dios que llama» (*Instrumentum laboris*, 161), no persona que ha caído al azar en el mundo, sino que está por un acto de amor de Dios. Resume muy bien su interés por una nueva pastoral vocacional con una cita de la *Verbum Domini* de Benedicto XVI:

El Sínodo, al destacar la exigencia intrínseca de la fe de profundizar la relación con Cristo, Palabra de Dios entre nosotros, ha querido también poner de relieve el hecho de que esta Palabra llama a uno personalmente, manifestando así que la vida misma es vocación en relación con Dios. Eso quiere decir que, cuanto más ahondemos en nuestra relación personal con el Señor Jesús, tanto más nos daremos cuenta de que Él nos llama a la santidad mediante opciones definitivas, con las cuales nuestra vida corresponde a su amor, asumiendo tareas y ministerios para edificar su Iglesia. En esta perspectiva se entiende la invitación del Sínodo a todos los cristianos para que profundicen en su relación con la Palabra de Dios en cuanto bautizados, pero también en cuanto llamados a vivir en los diversos estados de vida. Aquí tocamos uno de los puntos clave de la doctrina del Concilio Vaticano II, que ha subrayado la vocación a la santidad de todo fiel, cada uno en el propio estado de vida (VD 77). Uno de los signos de la eficacia de la nueva evangelización será el redescubrimiento de la vida como vocación y el surgimiento de vocaciones en el seguimiento radical de Cristo (*Instrumentum laboris*, 161).

Sigue en la conclusión diciéndonos que no somos sólo «destinatarios» de la nueva evangelización, sino también «sus anunciadores y testigos». Los hombres y mujeres capaces de «dar una respuesta adecuada a los signos de los tiempos, a las necesidades de los hombres y de los pueblos de hoy, a los nuevos escenarios que muestran la cultura a través de la cual expresamos nuestra identidad y buscamos el sentido de nuestras existencias». Sólo deseamos que estos buenos deseos se cumplan y seamos capaces de llevar a cabo esta nueva evangelización con nuevos y renovados impulsos evangelizadores.